

HOMILÍA IIº DOMINGO DE CUARESMA – 2015. CICLO “B”

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR EN EL TABOR

I.- LAS LECTURAS

*** Libro del Génesis 22,1-2. 9-13. 15-18.** Dios pone a prueba la fe de Abraham al decirle que sacrifique a su Hijo Isaac, el hijo de la promesa, en el monte Moriac. Abraham obedece. Dios ve la obediencia de Abraham y hace que un cordero sea sacrificado en lugar de Isaac.

*** Salmo responsorial 115.** Caminaré en presencia del Señor, en el país de la vida. No dejemos los caminos del Señor ya que en ellos encontramos la gracia, la salvación de Dios.

*** Carta de San Pablo a los Romanos 8,31b-34.** Dios no perdonó a su Hijo. Por la muerte sacrificial de Jesucristo, acontecida en el monte Calvario, la humanidad ha sido salvada.

*** Evangelio según San Marcos 9,2-10.** Jesús se transfigura en el monte Tabor. El Padre revela que Jesús es su Hijo amado, y dice que debemos escucharlo.

.....

DÍA DE HISPANOAMÉRICA

En este domingo tiene lugar en España la celebración del Día de Hispanoamérica con el lema “Evangelizadores con la fuerza del Espíritu”, título del capítulo quinto de la *Evangelii gaudium*. Como insiste el Papa Francisco, para evangelizar hay que tener la alegría del Espíritu.

Escuchemos la Palabra de Cristo y dejemos que la contemplación de Cristo en el Tabor nos llene de alegría y nos impulse a evangelizar incluso cuando se tiene que sembrar entre lágrimas (cf. EG 10; EN 80).

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- La transfiguración de Jesús

Contemplemos a Jesucristo transfigurado en el monte Tabor. La gloria divina, que Él posee desde siempre, se ha manifestado y hecho visible en su humanidad.

Escuchemos a Jesús que camina hacia el Calvario

Estemos con el Señor como decía San Pedro: “bueno es estarnos aquí” (Mt.17,4). Estas palabras muestran la orientación cristológica de toda la vida cristiana.

Recordemos estas enseñanzas de San Juan Pablo II sobre la Transfiguración del Señor:

“El episodio de la transfiguración marca un momento decisivo en el ministerio de Jesús.

Es un acontecimiento de revelación que consolida la fe en el corazón de los discípulos, los prepara al drama de la cruz y anticipa la gloria de la resurrección.

Este misterio es vivido continuamente por la Iglesia, pueblo en camino hacia el encuentro escatológico con su Señor. Como los tres apóstoles escogidos, la Iglesia contempla el rostro transfigurado de Cristo, para confirmarse en la fe y no desfallecer ante su rostro desfigurado en la Cruz. En un caso y en otro, ella es la Esposa ante el Esposo, partícipe de su misterio y envuelta por su luz” (“Vita Consecrata, 15).

Nuestra transfiguración

A la luz del misterio de la Transfiguración de Jesús que hoy celebramos, debemos preguntarnos: ¿Qué transfiguración necesitamos nosotros?

Les propongo estas reflexiones con el fin de ayudarles a conocer este misterio y a descubrir lo que nos pida el Señor.

Con ayuda de la gracia divina, respondamos con generosidad al Señor.

A.- Transfigurar y renovar nuestra mente

La conversión sincera implica y nos pide un cambio de mente, de criterios, de maneras de ver y entender las cosas, los acontecimientos.

El Señor nos invita a dejar para siempre los criterios de soberbia y autosuficiencia, de violencia y agresividad, de frivolidad y materialismo...

El Señor nos llama a adoptar aquellos valores y criterios que aparecen en el Evangelio: respeto a la dignidad de todo ser humano y a la vida humana en cualquier circunstancia en que se encuentre, la justicia y la solidaridad, la verdad y la sinceridad, la honradez y la acogida.

B.- Transfigurar y renovar nuestra conciencia

Recordemos estas enseñanzas del Concilio Vaticano II:

“La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que este se siente a solas con Dios cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley, cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo.

“La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad” (GS 16).

“Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad” (GS 16).

“Los fieles, en la formación de su conciencia, deben prestar diligente atención a la doctrina sagrada y cierta de la Iglesia” (DH 14).

No anestesemos nunca nuestra conciencia; procuremos siempre que nuestra conciencia sea el despertador de nuestros letargos y sueños y el indicador del bien y del mal.

C.- Transfigurar y renovar nuestro corazón.

Esta transfiguración o renovación de nuestro corazón nos ha de llevar a desterrar de nosotros y para siempre los egoísmos y las insolidaridades, los odios y las venganzas, y de modo especial “la globalización de la indiferencia” (Papa Francisco) ante el dolor y el sufrimiento de tantos seres humanos de nuestra sociedad y de nuestro mundo.

Esta transfiguración nos pide que vivamos el amor y la generosidad, el perdón y la misericordia, la escucha sincera y respetuosa y el diálogo constructivo.

Piámos al Señor que nos dé un corazón nuevo y santo: el corazón de las bienaventuranzas.

D.- Transfigurar y renovar nuestras acciones y comportamientos

Que nuestras acciones nunca sean portadores de maldad e iniquidad, de exclusión y rechazo de nadie...

Esta transfiguración nos ha de guiar y llevar a sembrar en los surcos de la conciencia humana y de la sociedad los valores éticos y los valores evangélicos que tanto enriquecen al ser humano y a la misma sociedad.

Hemos de ser testigos de Jesucristo resucitado a través de nuestras palabras y gestos, de nuestras obras y comportamientos...

.-.-.-.-.-.

Terminamos este apartado con unas palabras de San Juan Pablo II:

“En la unidad de la vida cristiana las distintas vocaciones son como rayos de la única luz de Cristo, “que resplandece sobre el rostro de la Iglesia” (LG 1):

- **Los laicos.** En virtud del carácter secular de su vocación, reflejan el misterio del Verbo Encarnado en cuanto Alfa y Omega del mundo, fundamento y medida del valor de todas las cosas creadas.
- **Los ministros sagrados**, por su parte, son imágenes vivas de Cristo cabeza y pastor, que guía a su pueblo en el tiempo del “ya sí, pero todavía no”, a la espera de su venida en la gloria.
- **A la vida consagrada** se confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como la meta escatológica a la que todo tiende, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano” (Ibd. 16).

2.- El Padre nos dice: este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadlo” (Mt. 17,5).

“A los tres discípulos extasiados se dirige la llamada del Padre a ponerse a la escucha de Cristo, a depositar en Él toda confianza, a hacer de Él el centro de la vida. En la palabra que viene de lo alto adquiere nueva profundidad la invitación con la que Jesús mismo, el inicio de la vida pública, les había llamado a su seguimiento” (Ibid. 16).

Acojamos con devoción y esperanza la llamada del Padre que nos invita a escuchar a su Hijo amado. Dedicemos tiempo suficiente en este tiempo cuaresmal a escuchar al Señor que nos habla en el corazón, en los libros sagrados de la Biblia, en los signos de los tiempos, en el clamor de los pobres....

Procedamos como la Virgen María que “escuchaba las palabras de su Hijo, las guardaba en su corazón y las meditaba”.

Dejémonos construir y edificar por la Palabra de Dios

Hagamos silencio interior y exterior en nosotros para escuchar al Señor.

Con la ayuda de la gracia divina, procuremos que la Palabra de Dios escuchada, acogida, meditada por nosotros produzca frutos de vida, de santidad, de justicia, de paz...

III.- SIGAMOS PARTICIPANDO EN LA EUCARISTÍA

Con fe viva, con amor inmenso y con esperanza renovada sigamos participando en la Eucaristía.

“Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está sobre todo, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas” (SC 7).

Terminamos. Unidos en la plegaria.

Cáceres 23 de febrero de 2015.

Florentino Muñoz Muñoz.

Homilía del Papa Francisco en la Basílica de San Pedro (15 de febrero de 2015)

[C:\Users\Jesús Luis Viñas\AppData\Local\Microsoft\Windows\Temporary Internet Files\Content.IE5\350CDWRF\\[TEXTO COMPLETO\] Homilía del Papa Francisco en Misa con nuevos cardenales sobre la caridad.mht](#)
[C:\Users\Jesús Luis Viñas\AppData\Local\Microsoft\Windows\Temporary Internet Files\Content.IE5\350CDWRF\\[TEXTO COMPLETO\] Homilía del Papa Francisco en Misa con nuevos cardenales sobre la caridad.mht](#)
[C:\Users\Jesús Luis Viñas\AppData\Local\Microsoft\Windows\Temporary Internet Files\Content.IE5\350CDWRF\\[TEXTO COMPLETO\] Homilía del Papa Francisco en Misa con nuevos cardenales sobre la caridad.mht](#)
[C:\Users\Jesús Luis Viñas\AppData\Local\Microsoft\Windows\Temporary Internet Files\Content.IE5\350CDWRF\\[TEXTO COMPLETO\] Homilía del Papa Francisco en Misa con nuevos cardenales sobre la caridad.mht](#)

Texto completo de su homilía

«Señor, si quieres, puedes limpiarme...» Jesús, sintiendo lástima; extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero: queda limpio» (cf. Mc 1,40-41). La compasión de Jesús. Ese padecer con que lo acercaba a cada persona que sufre. Jesús, se da completamente, se involucra en el dolor y la necesidad de la gente... simplemente, porque Él sabe y quiere padecer con, porque tiene un corazón que no se avergüenza de tener compasión.

«No podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado» (Mc 1, 45). Esto significa que, además de curar al leproso, Jesús ha tomado sobre sí la marginación que la ley de Moisés imponía (cf. Lv 13,1-2. 45-46). Jesús no tiene miedo del riesgo que supone asumir el sufrimiento de otro, pero paga el precio con todas las consecuencias (cf. Is 53,4).

La compasión lleva a Jesús a actuar concretamente: a reintegrar al marginado. Éstos son los tres conceptos claves que la Iglesia nos propone hoy en la liturgia de la palabra: **la compasión de Jesús ante la marginación y su voluntad de integración.**

Marginación: Moisés, tratando jurídicamente la cuestión de los leprosos, pide que sean alejados y marginados por la comunidad, mientras dure su mal, y los declara: «Impuros» (cf. Lv 13,1-2. 45.46).

Imaginen cuánto sufrimiento y cuánta vergüenza debía sentir un leproso: físicamente, socialmente, psicológicamente y espiritualmente. No es sólo víctima de una enfermedad, sino que también se siente culpable, castigado por sus pecados. Es un muerto viviente, como «si su padre le hubiera escupido en la cara» (Nm 12,14).

Además, el leproso infunde miedo, desprecio, disgusto y por esto viene abandonado por los propios familiares, evitado por las otras personas, marginado por la sociedad, es más, la misma sociedad lo expulsa y lo fuerza a vivir en lugares alejados de los sanos, lo excluye. Y esto hasta el punto de que si un individuo sano se hubiese acercado a un leproso, habría sido severamente castigado y, muchas veces, tratado, a su vez, como un leproso.

La finalidad de esa norma de comportamiento era la de salvar a los sanos, proteger a los justos y, para salvaguardarlos de todo riesgo, marginar el peligro, tratando sin piedad al contagiado. De aquí, que el Sumo Sacerdote Caifás exclamase: «Conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera» (Jn 11,50).

Integración: Jesús revoluciona y sacude fuertemente aquella mentalidad cerrada por el miedo y reclusa en los prejuicios. Él, sin embargo, no deroga la Ley de Moisés, sino que la lleva a plenitud (cf. Mt 5, 17), declarando, por ejemplo, la ineficacia contraproducente de la ley del tali3n; declarando que Dios no se complace en la observancia del Sábado que desprecia al hombre y lo condena; o cuando ante la mujer pecadora, no la condena, sino que la salva de la intransigencia de aquellos que estaban ya preparados para lapidarla sin piedad, pretendiendo aplicar la Ley de Moisés.

Jesús revoluciona también las conciencias en el Discurso de la montaña (cf. Mt 5) abriendo nuevos horizontes para la humanidad y revelando plenamente la lógica de Dios. La lógica del amor que no se basa en el miedo sino en la libertad, en la caridad, en el sano celo y en el deseo salvífico de Dios, Nuestro Salvador, «que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tm 2,4). «Misericordia quiero y no sacrificio» (Mt 12,7; Os 6,6).

Jesús, nuevo Moisés, ha querido curar al leproso, ha querido tocar, ha querido reintegrar en la comunidad, sin autolimitarse por los prejuicios; sin adecuarse a la mentalidad dominante de la gente; sin preocuparse para nada del contagio. Jesús responde a la súplica del leproso sin dilación y sin los consabidos aplazamientos para estudiar la situación y todas sus eventuales consecuencias. Para Jesús lo que cuenta, sobre todo, es alcanzar y salvar a los lejanos, curar las heridas de los enfermos, reintegrar a todos en la familia de Dios. Y eso escandaliza a algunos.

Jesús no tiene miedo de este tipo de escándalo. Él no piensa en las personas obtusas que se escandalizan incluso de una curación, que se escandalizan de cualquier apertura, a cualquier paso que no entre en sus esquemas mentales o espirituales, a cualquier caricia o ternura que no corresponda a su forma de pensar y a su pureza ritualista. Él ha querido

integrar a los marginados, salvar a los que están fuera del campamento (cf. Jn 10).

Son dos lógicas de pensamiento y de fe: el miedo de perder a los salvados y el deseo de salvar a los perdidos. **Hoy** también nos encontramos en la encrucijada de estas dos lógicas: a veces, la de los doctores de la ley, o sea, alejarse del peligro apartándose de la persona contagiada, y la lógica de Dios que, con su misericordia, abraza y acoge reintegrando y transfigurando el mal en bien, la condena en salvación y la exclusión en anuncio.

Estas dos lógicas recorren toda la historia de la Iglesia: marginar y reintegrar. San Pablo, dando cumplimiento al mandamiento del Señor de llevar el anuncio del Evangelio hasta los extremos confines de la tierra (cf. Mt 28,19), escandalizó y encontró una fuerte resistencia y una gran hostilidad sobre todo de parte de aquellos que exigían una incondicional observancia de la Ley mosaica, incluso a los paganos convertidos. También san Pedro fue duramente criticado por la comunidad cuando entró en la casa de Cornelio, el centurión pagano (cf. Hch 10).

El camino de la Iglesia, desde el concilio de Jerusalén en adelante, es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia y de la integración. Esto no quiere decir menospreciar los peligros o hacer entrar los lobos en el rebaño, sino acoger al hijo pródigo arrepentido; sanar con determinación y valor las heridas del pecado; actuar decididamente y no quedarse mirando de forma pasiva el sufrimiento del mundo.

El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero; el camino de la Iglesia es precisamente el de salir del propio recinto para ir a buscar a los lejanos en las “periferias” de la existencia; es el de adoptar integralmente la lógica de Dios; el de seguir al Maestro que dice: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan» (Lc 5,31-32).

Curando al leproso, Jesús no hace ningún daño al que está sano, es más, lo libra del miedo; no lo expone a un peligro sino que le da un hermano; no desprecia la Ley sino que valora al hombre, para el cual Dios ha inspirado la Ley. En efecto, Jesús libra a los sanos de la tentación del «hermano mayor» (cf. Lc 15,11-32) y del peso de la envidia y de la murmuración de los trabajadores que han soportado el peso de la jornada y el calor (cf. Mt 20,1-16).

En consecuencia: la caridad no puede ser neutra, indiferente, tibia o imparcial. La caridad contagia, apasiona, arriesga y compromete. Porque la caridad verdadera siempre es inmerecida, incondicional y gratuita (cf. 1Cor 13). La caridad es creativa en la búsqueda del lenguaje adecuado para

comunicar con aquellos que son considerados incurables y, por lo tanto, intocables.

El contacto es el auténtico lenguaje que transmite, fue el lenguaje afectivo, el que proporcionó la curación al leproso. ¡Cuántas curaciones podemos realizar y transmitir aprendiendo este lenguaje! Era un leproso y se hay convertido en mensajero del amor de Dios. Dice el Evangelio: «Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho» (Mc 1,45).

Queridos nuevos Cardenales, ésta es la lógica de Jesús, éste es el camino de la Iglesia: no sólo acoger y integrar, con valor evangélico, aquellos que llaman a la puerta, sino ir a buscar, sin prejuicios y sin miedos, a los lejanos, manifestándoles gratuitamente aquello que también nosotros hemos recibido gratuitamente. «Quien dice que permanece en Él debe caminar como Él caminó» (1Jn 2,6). ¡La disponibilidad total para servir a los demás es nuestro signo distintivo, es nuestro único título de honor!

En esta Eucaristía que nos reúne entorno al altar, invocamos la intercesión de **María**, Madre de la Iglesia, que sufrió en primera persona la marginación causada por las calumnias (cf. Jn 8,41) y el exilio (cf. Mt 2,13-23), para que nos conceda el ser siervos fieles de Dios.

Ella, que es la Madre, nos enseñe a no tener miedo de acoger con ternura a los marginados; a no tener miedo de la ternura y de la compasión; nos revista de paciencia para acompañarlos en su camino, sin buscar los resultados del éxito mundano; nos muestre a Jesús y nos haga caminar como Él.

Queridos hermanos, mirando a Jesús y a nuestra Madre María, los exhorto a servir a la Iglesia, en modo tal que los cristianos – edificados por nuestro testimonio – no tengan la tentación de estar con Jesús sin querer estar con los marginados, aislándose en una casta que nada tiene de auténticamente eclesial.

Los invito a servir a Jesús crucificado en toda persona marginada, por el motivo que sea; a ver al Señor en cada persona excluida que tiene hambre, que tiene sed, que está desnuda; al Señor que está presente también en aquellos que han perdido la fe, o que, alejados, no viven la propia fe; al Señor que está en la cárcel, que está enfermo, que no tiene trabajo, que es perseguido; al Señor que está en el leproso – de cuerpo o de alma -, que está discriminado. No descubrimos al Señor, si no acogemos auténticamente al marginado.

Recordemos siempre la imagen de san Francisco que no ha tenido miedo de abrazar al leproso y de acoger aquellos que sufren cualquier tipo de marginación. En realidad, sobre el evangelio de los marginados, se descubre y se revela nuestra credibilidad”.

.-.-.-.-.-